****

**SÍN­TE­SIS DE LA EX­HOR­TA­CIÓN APOS­TÓ­LI­CA GAU­DE­TE ET EX­SUL­TA­TE**

**DEL SAN­TO PA­DRE FRAN­CIS­CO**

1. **«Ale­graos y re­go­ci­jaos»** (Mt 5,12), dice Je­sús a los que son per­se­gui­dos o hu­mi­lla­dos por su cau­sa. **El Se­ñor** lo pide todo, y lo que ofre­ce es la ver­da­de­ra vida, la fe­li­ci­dad para la cual fui­mos crea­dos. Él **nos quie­re san­tos** y no es­pe­ra que nos con­for­me­mos con una exis­ten­cia me­dio­cre, agua­da, li­cua­da. En reali­dad, des­de las pri­me­ras pá­gi­nas de la Bi­blia está pre­sen­te, de di­ver­sas ma­ne­ras, el lla­ma­do a la san­ti­dad. Así se lo pro­po­nía el Se­ñor a Abraham: **«Ca­mi­na en mi pre­sen­cia y sé per­fec­to»** (Gn 17,1).
2. No es de es­pe­rar aquí un tra­ta­do so­bre la san­ti­dad, con tan­tas de­fi­ni­cio­nes y dis­tin­cio­nes que po­drían en­ri­que­cer este im­por­tan­te tema, o con aná­li­sis que po­drían ha­cer­se acer­ca de los me­dios de san­ti­fi­ca­ción. Mi hu­mil­de ob­je­ti­vo es ha­cer re­so­nar una vez más el lla­ma­do a la san­ti­dad, pro­cu­ran­do en­car­nar­lo en el con­tex­to ac­tual, con sus ries­gos, desa­fíos y opor­tu­ni­da­des. Por­que a cada uno de no­so­tros **el Se­ñor nos eli­gió «para que fué­se­mos san­tos e irre­pro­cha­bles ante él por el amor» (Ef 1,4).**

**CAPÍTULO PRI­ME­RO: EL LLA­MA­DO A LA SAN­TI­DAD**

LOS SAN­TOS QUE NOS ALIEN­TAN Y ACOM­PAÑAN

1. Nos estimulan a seguir caminando. Entre ellos puede estar nuestra madre, una abuela u otras personas cercanas. Quizá su vida no fue siempre perfecta, pero aun en medo de imperfecciones y caídas siguieron adelante y agradaron al Señor.
2. Los san­tos que ya han lle­ga­do a la pre­sen­cia de Dios man­tie­nen con no­so­tros la­zos de amor y co­mu­nión. “Estamos rodeados, guiados y conducidos por los amigos de Dios. La muchedumbre de los santos de Dios me protege y me sostiene”.

LOS SAN­TOS DE LA PUER­TA DE AL LADO

1. No pen­se­mos solo en los ya bea­ti­fi­ca­dos o ca­no­ni­za­dos. **El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes…** Dios qui­so en­trar en una di­ná­mi­ca po­pu­lar, en la di­ná­mi­ca de un pue­blo.
2. Me gus­ta **ver la san­ti­dad en el pue­blo de Dios pa­cien­te.** En esta cons­tan­cia para se­guir ade­lan­te día a día, veo **la san­ti­dad de la Igle­sia mi­li­tan­te**. La san­ti­dad «de la puer­ta de al lado» **son un reflejo de la presencia de Dios**; **«la cla­se me­dia de la san­ti­dad**».

EL SEÑOR LLA­MA

1. El llamado a la santidad que el Señor hace a cada uno de nosotros: “Sed santos, porque Yo soy santo”.
2. “Cada uno por su camino”. No se tra­ta de des­alen­tar­se cuan­do uno con­tem­pla mo­de­los de san­ti­dad que le pa­re­cen inal­can­za­bles. **Lo que interesa es que cada creyente discierna su propio camino y saque a la luz lo mejor de sí, aquello tan personal que Dios ha puesto en él.** La vida divina se comunica “a unos de una manera y a otros en otra”.
3. El “genio femenino” también se manifiesta en estilos femeninos de santidad, indispensables para reflejar la santidad de Dios en este mundo. Me interesa recordar a tantas mujeres desconocidas u olvidadas quienes, cada una a su modo, han sostenido y transformado familias y comunidades con la potencia de su testimonio.
4. Entusiasmar y alentar para darlo todo, para crecer. “Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré”.

TAM­BIÉN PARA TI

1. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día. ¿Es­tás ca­sa­do? Sé san­to aman­do y ocu­pán­do­te de tu ma­ri­do o de tu es­po­sa, como Cris­to lo hizo con la Igle­sia. ¿Eres un tra­ba­ja­dor? Sé san­to cum­plien­do con hon­ra­dez y com­pe­ten­cia tu tra­ba­jo al ser­vi­cio de los her­ma­nos. ¿Eres pa­dre, abue­la o abue­lo? Sé san­to en­se­ñan­do con pa­cien­cia a los ni­ños a se­guir a Je­sús. ¿Tie­nes au­to­ri­dad? Sé san­to lu­chan­do por el bien co­mún y re­nun­cian­do a tus in­tere­ses per­so­na­les.
2. La santidad es el fruto del Espíritu Santo en tu vida. **“Señor, puedes realizar el milagro de hacerme un poco mejor”** En la Igle­sia, san­ta y com­pues­ta de pe­ca­do­res, en­con­tra­rás todo lo que ne­ce­si­tas para cre­cer ha­cia la san­ti­dad.
3. Esta santidad a la que el Señor te llama irá creciendo con pequeños gestos: “no, no hablaré mal de nadie”, escucha con paciencia y afecto; recuerda el amor de la Virgen María, toma el rosario y reza con fe.; encuentra a un pobre y se detiene a conversar con él con cariño.
4. Encontrar una forma más perfecta de vivir lo que ya hacemos: “Aprovechar las ocasiones que se presentan cada día para realizar acciones ordinarias de manera extraordinaria.
5. Para tratar de amar como Cristo nos amó, Cristo comparte su propia vida resucitada con nosotros.

TU MISIÓN EN CRIS­TO

1. Cada san­to es una mi­sión; es un pro­yec­to del Pa­dre para re­fle­jar y en­car­nar, en un mo­men­to de­ter­mi­na­do de la his­to­ria, un as­pec­to del Evan­ge­lio.
2. La santidad es vivir en unión con él los misterios de su vida. Reproducir en la propia existencia distintos aspectos de la vida terrea de Jesús. “Todo lo que Cristo vivió hace que podamos vivirlo en él y que él lo viva en nosotros”.
3. “La santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo modelamos toda nuestra vida según la suya”.
4. Para reconocer cual es esa palabra que el Señor quiere decirte a través de un santo hay que contemplar el conjunto de su vida, su camino de santificación, esa figura que refleja algo de Jesucristo.
5. Concebir la totalidad de tu vida como una misión. Inténtalo escuchando a Dios en la oración y reconociendo los signos que él te da. Pregúntale siempre al Espíritu, qué espera Jesús de ti en cada momento de tu existencia.
6. Reconocer cuál es ese mensaje de Jesús que Dios quiere decir al mundo con tu vida. **Déjate transformar, déjate renovar por el Espíritu.**

LA AC­TI­VI­DAD QUE SAN­TI­FI­CA

1. No es sano amar el si­len­cio y rehuir el en­cuen­tro con el otro, desear el des­can­so y re­cha­zar la ac­ti­vi­dad, bus­car la ora­ción y me­nos­pre­ciar el ser­vi­cio. Somos llamados a vivir la contemplación también en medio de la acción.
2. “No es que la vida tenga una misión, sino que **es misión**”

MÁS VI­VOS, MÁS HU­MA­NOS

1. No ten­gas mie­do de la san­ti­dad. No te qui­ta­rá fuer­zas, vida o ale­gría. Todo lo con­tra­rio, por­que lle­ga­rás a ser lo que el Pa­dre pen­só cuan­do te creó. Depender de él nos libera de las esclavitudes y nos lleva a reconocer nuestra propia dignidad.
2. En la medida en que se santifica, cada cristiano se vuelve más fecundo para el mundo.
3. No ten­gas mie­do de apun­tar más alto. No ten­gas mie­do de de­jar­te guiar por el Es­pí­ri­tu San­to. **La santidad es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia**. En la vida «exis­te una sola tris­te­za, la de no ser san­tos» (León Bloy).

**CAPÍTULO SE­GUN­DO: DOS SU­TI­LES ENEMI­GOS DE LA SAN­TI­DAD**

EL GNOS­TI­CIS­MO AC­TUAL

Una men­te sin Dios y sin car­ne

1. En de­fi­ni­ti­va, se tra­ta de una su­per­fi­cia­li­dad va­ni­do­sa: mu­cho mo­vi­mien­to en la su­per­fi­cie de la men­te, pero no se mue­ve ni se con­mue­ve la pro­fun­di­dad del pen­sa­mien­to.
2. Esto pue­de ocu­rrir den­tro de la Igle­sia: Una cosa es un sano y humilde uso de la razón para reflexionar sobre la enseñanza teológica y moral del evangelio; otra es pre­ten­der re­du­cir la en­se­ñan­za de Je­sús a una ló­gi­ca fría y dura que bus­ca do­mi­nar­lo todo.

Una doc­tri­na sin mis­te­rio

1. El gnosticismo considera que su propia visión de la realidad es la perfección. Así, quizá sin advertirlo, esta ideología se alimenta a sí misma y se enceguece aún más.
2. Cuando alguien tiene respuestas a todas las preguntas, demuestra que no está en un sano camino. Quien lo quiere todo claro y seguro pretende dominar la trascendencia de Dios.
3. Dios está misteriosamente en la vida de toda persona, como él quiere. Aun cuan­do la exis­ten­cia de al­guien haya sido un desas­tre, aun cuan­do lo vea­mos des­trui­do por los vi­cios o las adic­cio­nes, Dios está en su vida. Si nos dejamos guiar por el Espíritu debemos buscar al Señor en toda vida humana.

Los lí­mi­tes de la ra­zón

1. San Juan Pa­blo II les ad­ver­tía de la ten­ta­ción de desa­rro­llar «un cier­to sen­ti­mien­to de su­pe­rio­ri­dad res­pec­to a los de­más fie­les».
2. La verdadera sabiduría cristiana no se debe desconectar de la misericordia hacia el prójimo.

EL PE­LA­GIA­NIS­MO AC­TUAL

1. Otra vieja herejía, presente hoy. Reconocer que no es el conocimiento lo que nos hace mejores o santos, sino la vida que llevamos.
2. Ya no era la inteligencia lo que ocupaba el lugar del misterio y de la gracia, sino la voluntad. Se olvidaba que “todo depende no del querer o del correr, sino de la misericordia de Dios” y que “él nos amó primero”.

Una vo­lun­tad sin hu­mil­dad

1. Cuan­do al­gu­nos de ellos se di­ri­gen a los dé­bi­les di­cién­do­les que todo se pue­de con la gra­cia de Dios, en el fon­do sue­len trans­mi­tir la idea de que todo se pue­de con la vo­lun­tad hu­ma­na; en esta vida las fragilidades humanas no son sanadas completa y definitivamente por la gracia. **Dios te in­vi­ta a ha­cer lo que pue­das y a pe­dir lo que no pue­das**: «Dame lo que me pi­des y pí­de­me lo que quie­ras» (San Agus­tín).
2. La falta de un reconocimiento sincero, dolorido y orante de nuestros límites es lo que impide a la gracia actuar mejor en nosotros. La gracia nos toma y transforma de una forma progresiva.
3. Para poder ser perfectos, como a él le agrada, necesitamos vivir humildemente en su presencia; caminar en unión con él reconociendo su amor constante en nuestras vidas., permitirle que examine nuestro corazón para ver si va por el camino correcto. **En él somos santificados.**

Una en­se­ñan­za de la Igle­sia mu­chas ve­ces ol­vi­da­da

1. La Igle­sia en­se­ñó reite­ra­das ve­ces que no **so­mos jus­ti­fi­ca­dos** por nues­tras obras o por nues­tros es­fuer­zos, sino **por la gra­cia del Se­ñor que toma la ini­cia­ti­va**.
2. “Aun el querer ser limpios se hace en nosotros por infusión y operación sobre nosotros del Espíritu Santo”.
3. El don de la gracia “sobrepasa las capacidades de la inteligencia y las fuerzas de la voluntad humana”. **Los santos evitan depositar la confianza en sus acciones**.

Los nue­vos pe­la­gia­nos

1. Mu­chas ve­ces, en con­tra del im­pul­so del Es­pí­ri­tu, la vida de la Igle­sia se con­vier­te en una pie­za de mu­seo o en una po­se­sión de po­cos. Es qui­zás una for­ma su­til de pe­la­gia­nis­mo, porque paree someter a vida de la gracia a unas estructuras humanas.

El re­su­men de la Ley

1. Existe una jerarquía de virtudes. El primado lo tienen las **virtudes teologales**, en el centro está la caridad. “la fe que actúa por el amor” «Por­que toda la ley se cum­ple en una sola fra­se, que es: **Ama­rás a tu pró­ji­mo como a ti mis­mo**» (Ga 5,14).
2. Distinguir dos rostros, el del Padre y el del hermano, o mejor uno solo, el de Dios que se refleja en muchos. ¿qué es lo que tiene valor en la vida? El Señor y el prójimo.

**PRÁCTICA SEMANAL**: Descubrir en el rostro del prójimo el rostro de Dios mismo. Ante una actitud del otro que me moleste diré: **“Señor, se que tú lo amas, yo también lo amo”.**

**El gnosticismo**: Esta expresión es una referencia a la herejía de los primeros siglos del cristianismo, que ponía el énfasis en el conocimiento secreto de unos “iniciados”. Aquí, en el uso que hace el Papa de este calificativo, se engloban todas aquellas personas que creen que lo importante es el conocimiento (la gnosis) que ellos tienen. La única actitud sensata ante la Revelación es la humildad. Si estudiamos teología, es para aprender mejor a vivir cristianamente.

**Pelagianismo**: Esta expresión es una referencia a la herejía del monje británico Pelagio, de los siglos IV y V, cuyo punto central es que el ser humano puede alcanzar la salvación por sus propias fuerzas, sin necesidad de la gracia divina. Los pelagianos de hoy, dice el Papa, hablan de la “gracia” pero, en realidad, creen en las propias fuerzas para conseguirlo todo y no en la ayuda divina, afirman que, si se practican o hacen ciertas cosas, automáticamente se logrará la salvación. Y se deja de lado la gratuidad del sacrificio de Cristo, que es lo único que logra nuestra redención.